

La resurrección de los gestos...

Durante su vida Jesús realiza algunos gestos que muestran su poder sobre la vida, sobre la atracción que la muerte ejerce sobre nosotros. Sin embargo, con su muerte todo queda con la apariencia de una ilusión...



a) Así sucede con las curaciones. Un milagro, por muy benéfico que sea, siempre se pasa. Por ejemplo, después de la muerte de Jesús, ¿qué haría Marta cuando María se pusiera en trance de muerte, o al revés...? La fuerza renovadora de vida que salía de Jesús en las curaciones que realizaba parece agotarse con su muerte. Sin embargo, incluso muerto, de su corazón brota un pequeño manantial de agua (**Jn 19, 33-34**), signo de que nada ha terminado. Con la resurrección de Jesús los discípulos comprendieron que él era la fuente divina de la que salía un río

inagotable que hacía fecundo todo aquello que tocaba (**Ez 47, 1-12**). La resurrección convierte a Jesús en un eterno manantial de vida más fuerte que la muerte. Y así lo celebramos en el bautismo donde recibimos un Espíritu que nos hace herederos de la misma vida de Cristo (**Rom 8, 1-17**). Ya no hay vida que muera para siempre.

b) Un día, cuando los discípulos no terminaban de comprender a Jesús o no terminan de aceptar el camino que les marcaba, Jesús cura al ciego Bartimeo que le pide ver. Inmediatamente este le sigue por el camino (**Mc 10, 46-52**). Jesús le abre los ojos para que comprenda lo que no comprendían los discípulos asustados por la muerte anunciada, que sólo él es el camino, la verdad y la vida...



Con la resurrección los ojos de los discípulos se abren del todo y comprenden la verdad del gesto de Jesús. La resurrección cura la ceguera que imprime en ellos el miedo y los propios intereses. Con la resurrección de Jesús se hace claro el camino que lleva a la vida eterna, a la vida verdadera. *Tú luz, Señor, la luz de tu resurrección, nos hace ver la luz* (**Salmo 35, 10**).



La resurrección de la vida de Jesús

Demasiadas veces el anuncio de la resurrección de Jesús nos deja fríos. Resucitó, ¡bien por él!, pero ¿qué pasa con nosotros? ¿en qué nos afecta? ¿por qué deberíamos alegrarnos nosotros de su resurrección?

La oración de este mes te invita a adentrarte en cómo la resurrección afectó a los discípulos y cómo puede afectarte a ti también. A percibirla como misterio de salvación.

Quizá para entender sea bueno partir del itinerario que ha marcado la cuaresma: ¿Qué peso tiene todo lo que sucede en el camino de la vida, todo lo que está en juego en el mundo que siempre, aun lo mejor, está marcado por la fragilidad, el pecado y la muerte? ¿Se pierde enterrado en la nada tal y como sentimos: ‘recuerda que eres polvo y al polvo volverás’?

Jesús conoce el camino de la cuaresma, el camino de esta vida que se topa con el muro de la fragilidad humana, pero ha ido dejando signos de vida en cada una de sus palabras, en cada uno de sus gestos, en cada uno de sus encuentros. Ahora con su resurrección, estos se eternizan tocándolo todo con su fuerza de vida. La oración te invita a meditar alguno de ellos.

Esquema de la oración

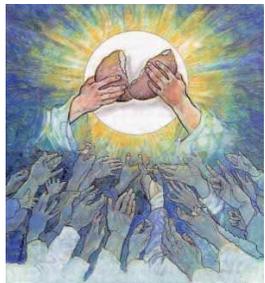
1. Sitúate mentalmente con los discípulos o con María Magdalena alrededor del vacío de sus vidas tras la muerte de Jesús. **Pídeles** que te ayuden a orar con esperanza, a no olvidar que Cristo está resucitado junto a ti aunque, como les pasó a ellos, aún lo sientas lejano.

2. Después lee cada uno de los pasajes propuestos y **medítalo**: las palabras, los gestos, los encuentros... Intenta descubrir lo que significó para los discípulos y medita sobre su significado para ti. Dialoga con Dios sobre ello (Puedes ayudarte de los dibujos)

3. Termina siempre con esta **oración**: *Cristo vivo, amigo perpetuo, eterno regazo de vida, mano tendida de Dios,... abre en mi corazón las fuentes de la fe, la esperanza y el amor; y que tu Espíritu me aliente hasta que seas todo en mí.*

La resurrección de las parábolas...

En Jesús sucede algo especial. Como nosotros experimenta el poder de la muerte, el poder de la fragilidad que nos habita, el poder del barro del que estamos hechos,...



la parábola. Él es la cosecha eterna que no se pierde y con la que Dios nos alimenta para la eternidad.

b) Podríamos decir también que Jesús se entierra como una pequeña semilla de mostaza se entrega a la tierra para que Dios la convierta en un árbol grande y fuerte que acoja en sus ramas a todos los pájaros que buscan refugio (Mc 4, 30-32). La resurrección de Jesús cumple esta parábola y le convierte en refugio perpetuo de los hombres, lugar de descanso y esperanza (Mt 11, 28). La resurrección le ensancha como regazo eterno de Dios que abarca a todos.

La resurrección de los encuentros...

Una pregunta que se debieron hacer los discípulos o los que habían sentido la bendición de un encuentro con Jesús era si lo allí sucedido se perdía definitivamente.



a) Fíjate en el episodio de la pecadora perdonada (Lc 7, 36-50). Mientras vivió Jesús ella sabía que el perdón de Dios permanecía intacto en la misma vida de Jesús, pero cuando le mataron ¿acaso no se perdía con él su perdón?, ¿acaso junto con la condena de Cristo no volvía a ser ella condenada por el 'dios' de los hombres?, ¿era real el perdón de Dios que Cristo le ofreció? Con la resurrección, sin embargo, ese perdón se hace eterno en el cuerpo de Jesús. A partir de ese momento el cuerpo resucitado de Jesús se convierte en la memoria imborrable del perdón de Dios para los hombres. Con la resurrección se eternizan las palabras de Jesús: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*. Ahora tenemos un abogado eterno en lo alto que intercede por nosotros (1Jn 2, 1) y nadie puede condenarnos par siempre.

b) Otro episodio significativo es la elección de los discípulos (Mt 10, 1-4). En ella Jesús muestra su confianza en cada uno de nosotros para que trabajemos en su Reino junto a Él. En ella se renueva la confianza del principio de los tiempos cuando Dios puso a los hombres como imagen suya para que cuidaran el mundo con él (Gn 1, 27-31). Pero ¿qué pasa después de que en la muerte de Jesús no dan la talla? ¿Puede Dios seguir confiando en nosotros? Más aún: ¿podemos confiar nosotros en nosotros mismos? Con la resurrección los discípulos son llamados de nuevo a retomar la tarea dada, más allá de su torpeza y su traición. Esta confianza de Dios se hace eterna cuando Jesús resucitado vuelve a llamarlos (Jn 21, 1-14). Si Dios confía así en nosotros, ¿cómo no lo haremos nosotros en nosotros mismos? La tarea dada por Cristo no pasa, es nuestra misión perpetua: somos llamados para cuidar el mundo con él hasta que Dios sea todo en todos.

